

## SEGUNDA PARTE.

DESDE TEODOSIO II Y VALENTINIANO III HASTA MARCIANO, AVITO, LEON I, MAYORIANO, AUTHEMIO, OLIBRIO, GLICERIO, NEPOS, ZENON Y AUGUSTULO.

EL emperador de Occidente, Valentiniano III \*, estaba en Constantinopla con su madre Placidia, cuando murió Honorio. Aprovechóse de la vacante del trono el primer secretario Juan, y se hizo proclamar Augusto en Roma. Para sostener su usurpación solicitó la alianza de los Hunos; pero Teodosio defendió los derechos de su primo. Ardaburio corrió á Italia con un ejército é hizo prisionero á Juan, abandonado de los suyos. Paseáronle sobre un asno por entre el populacho de Aquilea; ya le habían cortado una mano (1) y no tardaron en derribarle la cabeza. Este príncipe de un momento decretó la libertad perpetua de los esclavos (2): las grandes ideas sociales penetran con rapidez en la mente de algunos hombres, mucho tiempo antes de que puedan ponerse en práctica: parécense al sol procurando salir de noche.

Seis años tenía Valentiniano cuando le proclamaron Augusto, bajo la tutela de su madre. La Iliria occidental fue cedida al imperio de Oriente. Un edicto declaró que en lo sucesivo las leyes de ambos imperios dejarían de ser comunes.

Dos hombres disfrutaban en aquella época de una reputación merecida: Aecio y Bonifacio eran llamados los últimos romanos del imperio, como se había dado á Bruto el nombre de último romano de la república. Desgraciadamente no estaban inflamados como Bruto por el amor de la libertad y de la patria; esta noble pasión no existía ya. Bruto aspiraba al restablecimiento de la antigua libertad, emancipada de la tiranía doméstica. ¿Qué hubieran podido desear Aecio y Bonifacio? El restablecimiento del antiguo despotismo, libre del yugo extranjero. Este resultado no podía tener para ellos la fuerza de una virtud pública; combatían pues con talentos personales en favor de intereses privados, que se derivaban de otro orden de cosas. Mezclábase en sus acciones un sentimiento de honor militar; pero la independencia de su país, aunque la hubieran reconquistado, habría sido tan solo un accidente de su gloria.

La derrota de Atila ha inmortalizado á Aecio; la defensa de Marsella contra Atila, y la reconquista del Africa de poder de los partidarios del usurpador Juan, han constituido la nombradía de Bonifacio: consiguió mas celebridad por haber entregado el Africa á los Bárbaros, que por haberla libertado de los Romanos. Una de las pruebas de la ilustración de Bonifacio es su amistad con San Agustín. Placidia lo debía todo á este gran capitán; habíale sido fiel en el tiempo de sus desgracias. Aecio, por el contrario había favorecido la rebelión de Juan, y negociado el tratado por el que debían pasar sesenta mil Hunos de las orillas del Danubio á las fronteras de Italia.

Aecio era hijo de Guadencio, jefe de la caballería romana y conde de Africa. Habiéndose educado en la guardia del emperador, entregáronle en rehenes á Alarico en el año 403, y después á los Hunos, cuya confianza se granjeó. Aecio poseía las cualidades de un hombre sabio y valiente; distinguíale de las gentes de su clase, un rasgo particular: carecía de ambición, y sin embargo no podía tolerar rival alguno en el favor y en la gloria. Esta flaqueza envidiosa le hizo ser falso para con Bonifacio, aunque amaba la rectitud: incitó á Placidia á quitar á Bonifacio el gobierno de Africa, y avisó á él en secreto que Placidia

\* TEODOSIO II, VALENTINIANO III, MARCIANO, AVITO, LEON I, MAYORIANO, AUTHEMIO, OLIBRIO, GLICERIO, NEPOS, ZENON Y AUGUSTULO emperador, CELESTINO I, SISTO III, LEON I, HILARIO Y SIMPLICIO, PABAS. De 425 á 476.

le llamaba con objeto de darle la muerte (3). Bonifacio tomó las armas para defender su vida, que creía injustamente amenazada; Aecio pintó este armamento como una sublevación que había previsto. Fuera de sí Bonifacio recurrió á los Vándalos, derramados por las provincias meridionales de España.

Acababa de morir Gunderico, rey de estos bárbaros; su hermano bastardo Genserico ó hablando mas correctamente, Gizerico, había ocupado su lugar. A ruegos de Bonifacio hizose á la vela con su ejército y desembarcó en Africa en mayo del 429. Tres siglos después el resentimiento y la traición de otro guerrero, habían de llamar de Africa contra España á los vengadores de otra querrela doméstica: los Moros se embarcaron donde habían abordado los Vándalos atravesaron en sentido opuesto aquel estrecho, cuyas tormentas no bastaron á defender las playas de una y otra parte contra las pasiones humanas.

Las revueltas que causaba en Africa el cisma de los Donatistas, facilitaron la conquista á Genserico: este príncipe era Arriano, y todos aquellos á quienes oprimía la Iglesia ortodoxa, consideraron al extranjero como un libertador (4). Los Vándalos, ayudados por los Moros, se presentaron bien pronto en las puertas de Hippona, donde murió San Agustín.

Bonifacio y Placidia se habían dirigido mútuas explicaciones, y había quedado puesta en claro la perfidia de Aecio. Arrepentido Bonifacio intentó rechazar al enemigo: se remedia el mal que otro ha causado, y pocas veces el que hemos producido nosotros mismos. Vencido aquel en dos combates, vióse precisado á abandonar el Africa, no obstante haberle socorrido Aspar, general de Teodosio (5): recibióle Placidia generosamente: le elevó al rango de patricio, y al de general en jefe de los ejércitos de Occidente. Aecio, que triunfaba en las Galias, corrió á Italia con una multitud de bárbaros. Los dos generales, cual si fueran dos emperadores, concluyeron sus diferencias en una batalla: Bonifacio consiguió la victoria (A. 432); pero Aecio le hirió con una larga pica que se había mandado construir á propósito (6). Sobrevivió Bonifacio tres meses á su herida; y por una magnanimidad que despertaban en él los infortunios de la patria suplicó á su esposa, rica española y que pronto iba á quedar viuda, que diera su mano á Aecio (7). Placidia declaró rebelde á Aecio, le sitió en las fortalezas donde procuró defenderse, y le obligó á refugiarse entre aquellos mismos Hunos, á quienes debía derrotar mas tarde en los campos catalaunicos.

Genserico, después de haber negociado un tratado de paz con Valentiniano III para tener tiempo de exterminar á sus enemigos domésticos, se acercó á Cartago, llamada la Roma africana, y entró en ella el 9 de octubre de 439. Habían trascurrido quinientos ochenta y cinco años desde que Escipion el Joven había arrasado la Cartago de Aníbal.

En el año de la toma de la Cartago romana por un vándalo, hizo Eudocia la Ateniense, mujer de Teodosio II, su viaje á Jerusalem. Sentada en un trono de oro, pronunció en presencia del pueblo y del Senado un panegírico de los Antioquenos (8), en la ciudad que había satirizado Juliano. Evió desde Jerusalem á su cuñada Pulqueria el retrato de la Virgen, obra segun dicen de San Lucas (9). La copia de esta imagen llegó por sucesión de los pintores, hasta el pincel de Rafael: la religion, la paz y las artes progresaron insensiblemente á través de los siglos, de las revoluciones, de la guerra y de la barbarie. Eudocia, acusada de afección demasiado viva á Paulino, volvió á Jerusalem, donde murió. Una manzana que Teodosio había enviado á Eudocia, y que esta regaló á Paulino, descubrió un misterio de que supo aprovecharse la ambición de Pulqueria (10).

Ahora que he trazado ya la invasion de los Godos y de los diferentes pueblos del Norte, réstame hablar

de la de los Hunos que oscureció en un momento todas las demás.

Cuando los Hunos pasaron la laguna Meotis, llevaban á su frente á Balamiro ó Balambero, y después á Uldino y á Caraton (11). Los ascendientes de Atila habían reinado sobre los Hunos, ó si se quiere habían sido sus gefes. Manduique ó Mondzucque su padre, era hermano de Octar y Rouas, ó Roas, ó Rugulas, ó Rugilas, y gozaba de inmenso poder. Multiplicaron los Hunos sus campamentos entre el Tanais y el Danubio (12): poseían la Panonia y una parte de la Dacia cuando murió Rouas (13); tuvo por sucesores á sus dos sobrinos Atila y Bleda, que penetraron en la Iliria. Atila quitó la vida á Bleda, y quedó dueño de la monarquía de los Hunos (14). Acó á los persas en Asia, y puso á tributo el Norte de la Europa: la Escitia y la Germania reconocían su autoridad; su imperio lindaba con el territorio de los Francos, y se acercaba al de los Escandinavos; los Ostrogodos y los Gepidas eran vasallos suyos; una multitud de reyes, y setecientos mil guerreros, marchaban á sus órdenes (15).

Pretenden los modernos apoyándose en la autoridad de *Nibelungen*, poema alemán escrito á fines del siglo XII ó á principios del XIII, que el nombre original de Atila era *Etzel*; no creo esto en manera alguna. En todo caso no es probable que el nombre de Etzel se pulte en el olvido de Atila (16).

Vencedor Atila del mundo bárbaro, fijó sus miradas en el mundo civilizado. Temiendo Genserico que Teodosio II ayudase á Valentiniano III á recobrar el Africa, incitó á los Hunos á que invadiesen con preferencia el imperio de Oriente (17). Debemos observar cuan astutos, sagaces y aficionados á negociaciones eran los Bárbaros, lo bien que conocían los intereses de los diferentes cortes, y con qué arte verificaban tratados en Europa, Africa y Asia, en medio de los acontecimientos mas diversos y complicados. Cierta querrela sobre una feria en las orillas del Danubio, fue el pretexto de la guerra entre Atila (18) y Teodosio (A. 407 á 408).

La inundación de los Hunos cubrió la Europa en toda su extensión desde el Ponto-Euxino hasta el golfo Adriático. Tres batallas perdidas por los Romanos, facilitaron el paso á Atila hasta las puertas de Constantinopla. Una paz ignominiosa puso fin á estos primeros estragos. Al retirarse Atila se llevó consigo un pedazo del imperio de Oriente: dióle Teodosio seis mil libras de oro, y se comprometió á pagarle un tributo anual de una ó dos sextas partes de esta suma (29).

A resultados de estos acontecimientos el rey de los Hunos había enviado á Constantinopla (A. 449), una diputación en la que iba Orestes, su secretario, que fue padre de Augustulo, último emperador romano. Estas guerras prodigiosas, estas variaciones de fortuna, tan extrañas nos causaban mas admiración hace cincuenta años, que la que nos causan en el día. Acostumbrados al espectáculo de ligeros combates que no traspasaban los límites de algunas leguas, y que no cambiaban la faz de los imperios, estábamos habituados á la estabilidad hereditaria de las familias reales. Ahora que hemos presenciado grandes y súbitas invasiones; que hemos visto al Tártaro, vecino de las murallas de la China, acampado en el Louvre y regresando después á sus murallas; que hemos visto al soldado francés bivaqueando en los muros del Kremlin, ó á la sombra de las Pirámides; ahora que hemos visto á los reyes de antigua y de nueva estirpe, colocar por la noche en las maletas sus cetros carcomidos ó cortados aquella mañana del árbol, se nos han hecho familiares estos caprichos de la fortuna. No existe monarca alguno tan bien consolidado que no pueda perder en pocas horas la diadema real del tesoro de San Dionisio; no existe escri-

biente alguno tan insignificante ó pastor de yeguas, que no pueda encontrar una corona en el polvo de su bufete ó entre la paja de su granja.

El eunuco Chrisafo, favorito de Teodosio, procuró seducir á Edecon, uno de los embajadores de Atila, y creyó que le había persuadido á dar de puñaladas á su señor. Edecon al regresar al campo de los Hunos descubrió la conspiración; y Atila envió de nuevo á Orestes á Constantinopla con pruebas y quejas, pidiendo por satisfacción la cabeza del culpable. Los patricios Anatolio y Nomus se encargaron de apaciguar á Atila con presentes (20); acompañábase Prisco, quien nos ha dejado la relación de su encargo y de su viaje. Este mismo Prisco había visto en Roma á Meroveo, rey de los Francos (21).

En este intermedio murió Teodosio en Constantinopla, el año 450, de una caída del caballo (22), á la edad de cincuenta años. La nombradía de este príncipe ha dimanado solamente del código que lleva su nombre; monumento compuesto de los restos de la antigua legislación, semejante á las columnas que se levantan con el bronce abandonado en el campo de batalla; monumento de vida para los Bárbaros, de muerte para los Romanos, y colocado en los límites de ambos mundos.

A esa época pertenecen, los historiadores eclesiásticos; recordarlos es demostrar la altura en que se hallaba el espíritu humano: sus nombres son Zozeno, Sócrates, Teodoreto, Filostorgio, Teodoro, autor de la *Historia Tripartita*, Felipe de Sido, Prisco y Juan el Orador.

Pulqueria, mucho tiempo antes proclamada *Augusta* colocó la corona de su hermano Teodosia en la cabeza de Marciano; y para asegurar mejor los derechos de este oscuro ciudadano, medio guerrero y medio escritor, le dió la mano en 461 y permaneció virgen (23). Ni el Senado, ni la corte, ni el ejército, se opusieron á esta elección: ¡prodigiosa mudanza de las costumbres! Aquí principia un espíritu, desconocido de la antigüedad, y que anuncia aquella edad media en que todo eran aventuras. Las mujeres disponían de los imperios: Placidia, hermana de Honorio, y cautiva de un godo, ascendió al tálamo de este godo que aspiraba á la púrpura; Pulqueria, hermana de Teodosio II, llevó en dote á Marciano el Oriente; Honorio, hermana de Valentiniano III, quiso dar el Occidente á Atila; Eudoxia, hija de Teodosio II y viuda de Valentiniano III, llamó á Genserico á Roma; y Eudoxia hija de Valentiniano III, casó con Hunerico, hijo de Genserico. Por las mujeres, pues, se unió el mundo antiguo al nuevo, y al formarse esta union de que hemos nacido nosotros, las dos sociedades se repartieron las ocupaciones de los sexos: la antigua tomó la ruca y la moderna la espada.

Marciano era digno de la elección de Pulqueria: poseía aquel mérito que tan solo se encuentra en las clases inferiores en tiempo de la decadencia de las naciones. Ha sido ensalzado por San Leon el Grande (24). y se dice que tenía un corazón superior al interés y al miedo. Apaciguó las turbulencias de la Iglesia por medio del concilio de Calcedonia; y respondió á Atila que le exigía el tributo: «tengo oro para mis amigos, y acero para mis enemigos (25).» Cuando Aspar, general de Teodosio, atacó el Africa, acompañóle Marciano en calidad de secretario: Aspar, fue derrotado por los Vándalos, y Marciano se halló en el número de los prisioneros de Genserico; aguardando su suerte, acostóse en tierra y se quedó dormido en el patio del palacio del rey. Abrasaba el calor: descendió un águila, se colocó entre el rostro de Marciano y el sol, y le hizo sombra con sus alas. Viólo Genserico, llenóse de admiración, y si hemos de dar crédito á esta ingeniosa fábula, devolvió la libertad al prisionero cuya grandeza vaticinó (26).

La arrogante contestación de Marciano á Atila hi-



rió el orgullo de este conquistador: vacilaba el tártaro entre dos presas; desde el fondo de su ciudad de madera, en las praderas de la Panonia, dudaba cual de los dos brazos debía extender para apoderarse del imperio de Oriente ó del Occidente, y si debía hacer desaparecer de la tierra á Roma ó á Constantinopla.

Decidióse por el Occidente, y emprendió su camino por las Galias. Ecio había vuelto á la gracia de Placidia: ya hemos visto que fue huésped y suplicante de los Hunos.

El reino de los Visogodos en las provincias meridionales de las Galias se había establecido bajo el centro de Teodorico, á quien algunos han creído hijo de Alarico. Clodio, el primero de los reyes de Francia había extendido sus conquistas hasta el Somma; sorprendióle Ecio y le rechazó, (27) pero Clodio concluyó por conservar sus ventajas. Muerto este disputáronse sus dos hijos su patrimonio: uno de ellos, quizás Meroveo, que aun siendo muy jóven había ido de embajador á Roma (28), imploró el socorro de Valentiniano, y su hermano primogénito buscó la protección de Atila (29).

Honorio hermana de Valentiniano, tratada con rigor en la corte de su hermano, había sido amada de Eugenio, jóven romano empleado en su servidumbre (30). Manifestáronse señales de preñez, y la emperatriz Placidia hizo partir á Honorio á Constantinopla. Rodeada de las hermanas de Teodosio y de sus piadosas compañeras, no pudo Honorio tomar afición á las virtudes, despues de haber experimentado las pasiones: del mismo modo que Placidia, su madre había sido esposa de un compañero de Alarico, resolvió arrojarle en los brazos de un bárbaro. Envió en secreto á uno de sus eunucos para que entregara su anillo al rey de los Hunos: Atila era horrible; pero era el señor del mundo, y el azote de Dios (31).

Autorizado con el anillo de Honorio, reclamaba el jefe de los Hunos el dote de su ilustre desposada, es decir, una porcion de los Estados romanos: respondióle que las hijas no heredaban el imperio. Atila se suponía también atraído por los intereses que ponía en juego otra mujer. Teodorico había casado su hija única con Hunerico, hijo de Genserico; este, por una sospecha de envenenamiento, la volvió á enviar á su padre, despues de haberle cortado la nariz y las orejas. Los Visogodos amenazaban á los Vándalos con su venganza; y Genserico llamaba á Atila, su aliado para contener á Teodorico su enemigo (32).

Tres causas ó tres pretextos conducian pues á Atila á la Galia; la reclamación del dote de Honorio, la intervencion reclamada en los negocios del reino de los Francos, y la guerra contra los Visogodos en virtud de una alianza que existía entre los Hunos y los Vándalos. Arbitro de las naciones, defensor de una princesa oprimida, el destructor del mundo, procurador de la andante caballería, se preparó á pasar el Rhin en nombre del amor, de la justicia y de la humanidad.

Bosques enteros fueron talados; el río que separa las Galias de la Germania se vió cubierto de barcas (33) cargadas de un sinnúmero de soldados, á semejanza de los barquichuelos que transportan al presente por lo largo del Peneo las abejas nómadas de los pastores de la Tesalia (34). San Agnan, obispo de Orleans; San Lupo, obispo de Troyes y Santa Genoveva, pastora de Nanterre, se esforzaron en conjurar la tempestad: ya se verá el efecto y el carácter de su intervencion cuando se hable de las costumbres de los cristianos.

Ecio no había descuidado medio alguno para destruir á sus antiguos amigos: habíanse reunido á sus tropas los Visogodos, no sin vacilar, teniendo lugar muchas negociaciones entre Teodorico, Atila y Valentiniano (35). Marchó Ecio al encuentro de los Hunos, á quienes vió detenidos y atrasados delante de

las puertas de Orleans, cuyo destino era salvar la Francia. Atila se retiró á las llanuras catalaunicas, llamadas también mauritanas, cuya latitud era de cien leguas, como dice Jornandés y la longitud de sesenta (36): siguiéronle á estas llanuras Ecio y Teodorico.

Pusiéronse los dos ejércitos en orden de batalla. Una colina que insensiblemente se elevaba, cercaba la llanura: los Hunos y sus aliados ocupaban la derecha, los Romanos y sus aliados, la izquierda. Hallábase reunida allí una parte considerable del género humano (37), cual si Dios hubiera querido pasar revista á los ministros de sus venganzas, en el momento en que acababan de desempeñar su mision: iba á distribuirles la conquista, y á señalar los fundadores de los nuevos reinos. Estos pueblos, llamados de todos los extremos de la tierra, se habían alistado bajo las dos banderas del mundo futuro y del mundo pasado, de Atila y de Ecio. Guerreaban con los Romanos los Visogodos, los Lætos los Armorianos, los Galos, los Bretones, los Sajones, los Borgoñones, los Sármatas, los Alanos, los Alemanes, los Ripuarios y los Francos sometidos á Meroveo: seguian á los Hunos otros Francos, otros Borgoñones, los Rugianos, los Erulios, los Turingios, los Ostrogodos y los Gépiuos. Atila arengó así á sus soldados.

«Despreciad ese tropel de enemigos, á quienes no unen ni una misma lengua, ni unas mismas costumbres, y que se han asociado tan solo por el miedo. Precipitad sobre los Alanos y los Godos, que constituyen toda la fuerza de los Romanos; el cuerpo no puede tenerse en pié cuando están los huesos separados ¡Mostrad valor! ¡Enciéndase el acostumbrado furor! Nada puede el acero contra los valientes, si no ha llegado aun la hora señalada por el destino. Esa multitud despavorida no podrá mirar frente á frente á los Hunos. Si el éxito no me engaña, ved aquí el campo, que nos fue prometido por tantas victorias. Yo daré el primer golpe al enemigo: cualquiera que se atreva á adelantarse á Atila, en el combate, caerá muerto (38).

Esta batalla dada en 453 fue horrorosa: no había misericordia, no había cuartel para ninguno. El que durante su vida, dice el historiador de los Godos, fue bastante dichoso para contemplar semejantes acontecimientos y dejó de verlos, privóse de un espectáculo prodigioso (39). Los ancianos que vivian en la infancia de Jornandés, acordábanse aun de que un riachuelo que se deslizaba por medio de aquellos campos heróicos, se aumentó súbitamente, no con las lluvias, sino con la sangre, y se convirtió en un torrente. Los heridos iban arrastrándose á este arroyo á apagar su sed; y bebían la sangre con que ellos mismos lo habían formado (40). Ciento sesenta y dos mil muertos cubrieron la llanura; Teodorico fue muerto, pero Atila quedó vencido. Atrinchero detrás de sus carros, durante la noche cantaba haciendo sonar sus armas: á la manera del leon, que ruge y amenaza en la entrada de la caverna adonde le han hecho retroceder los cazadores (41).

Dividióse el ejército vencedor, ya fuera por la impaciencia ordenaria de los Bárbaros, ya por la política de Ecio, que temió no quedasen demasiados poderosos los Visogodos, cuando Atila se hubiese alejado. Como señalo al presente las huellas de todo lo que ya no existe, debo advertir que la victoria catalaunica, es el último triunfo extraordinario conseguido por los antiguos señores del mundo. Roma, que se había extendido poco á poco hasta los extremos de la tierra, volvía á entrar gradualmente en sus primeros límites; bien pronto iba á perder el imperio y la existencia en aquellos mismos valles de los Sabinos donde habían tenido principio su existencia y su imperio: del gigante solo iba á quedar una cabeza enorme, separada de un cuerpo colosal.

Atila aguardaba que le atacasen; solo supo la retirada de los vencedores por el largo silencio de los campos (42), entregados á los ciento sesenta y dos mil mudos de la muerte. Libre contra toda esperanza de su ruina, y restituido á su hado, volvió á pasar el Rhin. Mas poderoso que nunca entró al año siguiente en Italia, saqueó á Aquilea, y se apoderó de Milan. Valentiniano salió de su madriguera de Rávena para ocultarse de nuevo en Roma, con intencion de huir cuando se acercara el peligro: inclinábale á la fuga el miedo, y la cobardía le detuvo; indigno siempre del imperio ora le abandonase ó le vendiese. Dos cónsules, Avieno y Frigesio, y el papa San Leon, entablaron negociaciones con Atila. Consintió el tártaro en retirarse, con la promesa de obtener lo que él llamaba siempre el dote de Honorio: movióle una razon mas poderosa, detúvose una mano que se manifestaba entonces por todas partes, á falta de la mano de los hombres. Explicaré esto en su lugar.

Arrojóse Atila por segunda vez sobre las Galias, de donde le rechazó Torismondo, sucesor de Teodorico. El huno volvió á regresar otra vez á su ciudad de madera meditando nuevos estragos, y desapareció. El héroe de la barbarie murió, como el héroe de la civilizacion, en la embriaguez de la gloria y entre los excesos de un festin: quedóse dormido una noche en el seno de una mujer, y no volvió á ver el sol; fue víctima de una hemorragia: reventó el conquistador, por la demasiada sangre que había bebido, y por el lascivo desenfreno á que se había entregado. El mundo romano se juzgó libre, pero quedaba esclavo de sus vicios; el castigo no había bastado á corregirle.

La invasion de Atila en Italia dió nacimiento á Venecia. Esos habitantes de la Venesia se encerraron en algunos islotes inmediatos al continente. Sus murallas eran un tejido de mimbres: alimentábanse con pescado, y no poseían mas riquezas que sus gondolas y la sal que vendían en las costas. Casiodoro los compara á las aves acuáticas que tienen su nido en medio de las aguas (43). Ved aquí el origen de esa opulenta, de esa misteriosa, de esa voluptuosa Venecia, cuyos palacios vuelven á entrar en la actualidad en el cieno de donde salieron.

Los Romanos abandonaron la Gran-Bretaña, á pesar de sus lágrimas y de sus súplicas.

Cuando se hizo pedazos la espada de Atila, Valentiniano, desenvainando por vez primera la suya, la sepultó en el corazon del último romano: zeloso de Ecio, quitó la vida al que había retardado por tan largo tiempo la caída del imperio (44). Valentiniano violó á la mujer de Máximo, rico senador, de la familia de los Anicianos (45): Máximo conspiró: Valentiniano, último príncipe de la familia de Teodosio, fue asesinado en medio del día por dos bárbaros, Traustilo y Optila afectos á la memoria de Ecio (46). Eligieron á Máximo en lugar de Valentiniano, y aunque su reinado duró muy pocos días, le pareció demasiado largo. «Dichoso Damocles! exclamaba envidiando la oscuridad de su vida: tu reinado comienza y acaba en una misma comida (47).»

Habiendo quedado viudo Máximo, obligó á Eudoxia, viuda de Valentiniano é hija de Teodosio II, á casarse con él. Eudoxia buscó un vengador, y no halló otro mas terrible que Genserico. Habiáanse convertido los Vándalos en piratas diestros, y osados; devastaron la Sicilia, saquearon, á Palermo, y asolaron las costas de la Lucania y de la Grecia. Genserico, llamado por Eudoxia (48), no rehusó la presa, y sus bajeles anclaron en Ostia. Máximo quiso escaparse; detúvose el pueblo que le hizo pedazos. San Leon procuró salvar por segunda vez á su grey, y no pudo conseguir de Genserico lo que obtuviera de Atila: la ciudad eterna fue entregada al saqueo por espacio de catorce días, y catorce noches. Los Bárbaros volvieron á embarcarse, y la flota de Genserico trasladó á Cartago las rique-

zas de Roma, del mismo modo que la flota de Escipion había llevado á Roma las riquezas de Cartago. El cantor de Dido parecía haber anunciado á Genserico en Anibal. Halláronse entre el botín los adornos robados al templo de Jerusalem: ¡qué mezcla de ruinas y de recuerdos! Llegaron todos los bajeles con felicidad, exceptuando el que iba cargado con las estatuas de los dioses (49). Ninguna admiracion causaron estas nuevas calamidades: Alarico había quitado la existencia á Roma, y Genserico, no hizo sino despojar el cadáver.

Avito, perteneciente á una familia poderosa de la Avernia, suegro de Sidonio-Apolinar, y general en jefe de los ejércitos romanos en las Galias, ocupó el lugar de Máximo. Recibió la púrpura de manos de Teodorico II, rey de los Visogodos, que reinaba en Tolsa; este Teodorico era hermano de Torismondo, hijo de Teodorico I muerto en los campos catalaunicos. Sometió los restos de los Suevos en España; pero cuando daba muestras de pelear por la gloria del emperador, hechura suya, Avito había perdido ya el trono: degradóle el Senado romano, que parecía sacar de su propia degradacion este poder de envilecimiento. Fue el principal autor de su caída Ricimero ó Ricimero; hijo de un suevo y de la hija del rey godo Wala, como ya lo he dicho anteriormente. Este jefe de las tropas bárbaras en Italia, al sueldo de los Romanos, dió una doble prueba de poder nombrando al emperador depuesto (16 de octubre de 456) obispo de Plasencia (50): la tonsura iba á ser en lo sucesivo la corona de los reyes destronados. No se sabe con certeza cual fue el fin de Avito: un historiador dice, sin embargo, que despues de haberle quitado el imperio, le quitaron también la vida (51).

Ricimero trasladó la púrpura á Mayoriano, antiguo compañero de Ecio. Mayoriano era uno de esos hombres que envia el cielo por un instante á la tierra cuando degeneran las estirpes: ajenos al mundo en que viven, detiéndense en él tan solo el tiempo necesario para impedir la estincion de la virtud (52). Mayoriano reanimó la gloria romana atacando á los Francos y á los Vándalos con las antiguas cohortes, sin jefe, de Atila y de Alarico. Quedan de este emperador muchas y muy laudables leyes. Ricimero le había sentado únicamente en el trono porque juzgaba que carecia de talento; cuando conoció su yerro, encendió la sediccion, y Mayoriano abdicó. Créese que le envenenaron (53). (7 de agosto de 461). El que hacia y deshacia reyes, (lo cual en aquella época de revoluciones, no revelaba talentos superiores, ni indicaba necesidad de correr grandes peligros), puso la diadema en la cabeza de Libio-Severo; y procuró en esta ocasion que el príncipe no fuese un grande hombre, y lo consiguió. Solo ha quedado de este Libio-Severo el título imperial: el exceso de oscuridad en los reyes produce los mismos resultados que una gloria extraordinaria: inmortaliza solo el nombre.

Dos hombres fieles á la memoria de Mayoriano se negaron á reconocer la hechura de Ricimero: Marcelino, con el título de patricio de Occidente, dueño de la Galia, conservó un poder independiente: á él imploraron los Bretones, y á él nombraron los Francos por corto tiempo su jefe cuando arrojaron á Childerico.

Seguió la Italia entregada á las correrías de los Vándalos; el viejo Genserico encendia en ella la llama todos los años por la primavera. Por un trastorno del orden del destino, dice Sidonio, la abrasadora Africa deramaba sobre Roma los furores del Cáucaso (54).

Leon I apellidado el Grande, el Carnicero, ó con mas frecuencia el Leon de Trácia, había sido elegido emperador de Oriente despues de la muerte de Marciano, ocurrida á últimos de enero del año 457. Constantinopla, donde no habían entrado los Bárbaros, gozaba sobre Roma la preeminencia, no la superioridad, que da la fortuna sobre la desgracia. El imperio de



Occidente sobre su lecho de muerte parecía á un guerrero, ó á un rey á quien saquean y roban la tienda ó el palacio mientras está espirando, sin dejarle siquiera un sudario para sepultarle. Leon, que veía dar señores á Roma, le envió á Authemio (año 468) en calidad de emperador, y á petición del Senado. Ricimero envenenó á Libio Severo, y se casó con la hija de

Authemio. Celebráronse grandes regocijos, y todo pareció consolidado en una ruina.

Ya se ha visto que Authemio pensaba en restablecer el culto de los ídolos (55). Los dos imperios, y particularmente el de Oriente, levantaron un poderoso ejército contra los Vándalos. Confiaron el mando á Basilisco, que dejó incendiar su flota delante de Car-



DISCÍPULOS DE PLATÓN.

tago, reducido á la necesidad de pasar plaza de traidor para conservar la reputacion de gran general. Libre Genserico de este peligro siguió sus correrias y se apoderó de la Sicilia.

Teodorico II habia roto sus tratados con Roma cuando murió el emperador Mayoriano, y agregó Nar-

bona á su reino. Su hermano Eurico, que le asesinó, completó la conquista de las Españas sobre los Romanos y los Suevos: reconocieron estos su autoridad y conservaron la Galicia. No fue menos afortunado Eurico en las Galias; extendió su dominio por una parte desde los Pirineos hasta el Ródano, y por la otra

hasta el Loira. Por aquel tiempo los Borgoñones eran aliados de Roma y se despedazaban entre sí; lo propio hacían los Francos y los Sajones.

Sin embargo, Ricimero se malquistó con su suegro Authemio, y se resolvió á variar otra vez al señor titular del Occidente. Llamó á Olibro para darle la púrpura, el cual se habia casado con Placidia, hija de Va-

lentiniano III; resultó una guerra civil. Roma fue saqueado tercera vez, dice el papa Gelasio, y fueron hollados los miserables restos del imperio. Authemio, fue muerto (11 de julio de 472), Olibro expiró, y Ricimero les precedió á la tumba, adonde habia precipitado á cinco emperadores todos nombrados por él (56). Gundivar ó Gundibaldo, sobrino de Ricimero, y



JULIANO SACRIFICANDO EN EL TEMPLO DE DIANA.

elevado á la dignidad de patricio por Olibro, excitó á Glicerio á que se apoderase del mando: Quizás sea este Gundibaldo el célebre rey de los Borgoñones. Proclamaron en Constantinopla á Julio-Nepos emperador de Occidente. Sorprendió á su competidor Glicerio, y le hizo tonsurar y ordenar obispo de

Salona (57). Julio-Nepos cedió la Auvernia á Eurico, rey de los Visogodos, creyendo que podría sacrificar sus amigos á sus enemigos. Subleváronse las tropas que Nepos tenia á su sueldo; huyó llevando en pos de sí, en su retirada á Dalmacia, un título que él solo reconocía y volvió á encenrar en Salona á su